

## EPILOGO



### En busca de los culpables

**T**ras la caída de Huerta, y aun antes de que los revolucionarios se hicieran de la ciudad de México, se iniciaron las investigaciones sobre la desaparición del senador Domínguez. Pronto se pudo saber que había sido un crimen, que había sido promovido por el general, y quiénes y cómo lo habían cometido.

Al juez Alberto Aréchiga Rodríguez se le asignó el caso del asesinato del general maderista Rafael Tapia. Por ello, se decidió enviarle todos los casos de crímenes políticos. Las primeras averiguaciones llevaron a que se procediera al arresto de varios miembros de la policía reservada, entre otros los de José Hernández y Gilberto Márquez.

Al ser interrogados, estos hombres proporcionaron datos para confirmar la muerte del senador, además de la de otras personas. La orden de asesinarlo fue recibida por Francisco Chávez, quien era inspector de la Policía. Él, a su vez, encomendó la tarea al teniente coronel Alberto Quiroz, que era jefe de gendarmería de a pie, y a Gabriel Huerta, que era jefe de las comisiones de seguridad. Ellos se hicieron acompañar de Hernández, el “Matarratas”, uno de los verdugos del régimen, y de Márquez. Después de confirmar con Huerta, que se encontraba en el Café Colón, que sí había ordenado el crimen, se dirigieron al Hotel Jardín, y sin Chávez, sacaron a Don Belisario –quien era vigilado desde días atrás– y lo subieron a un coche, no sin que éste dejara antes un recado para su hijo con el portero. En las declaraciones, hubo dos versiones sobre el camino que siguieron; una aseguraba que por San

*Josefina Mac Gregor*

Juan de Letrán avanzaron hasta la Avenida Juárez, allí tomaron por Paseo de la Reforma, para luego continuar por la Calzada de Tacubaya hasta quedar a unos metros del panteón nuevo de Coyoacán; la otra versión indicó que, para llegar a este sitio, habían tomado por la Calzada de la Piedad. No pudieron acercarse más porque el lodo impedía que el automóvil avanzara. Gabriel Huerta permaneció en el carro, y los otros tres hombres caminaron con el senador hasta la puerta del camposanto; allí Márquez, ante la actitud vacilante de Hernández para obedecer la orden de matar al senador, le disparó por la espalda un tiro a la cabeza, y cuando Don Belisario cayó a tierra boca arriba, Hernández hizo otros dos disparos, uno le dio en la cara, el otro no dio en el blanco.<sup>131</sup> Los criminales sacaron el dinero que había en su ropa, la quemaron para eliminar vestigios y enterraron el cuerpo. Con su propio dinero pagaron al sepulturero. Después, uno de ellos fue a informar al Colón que la comisión había sido cumplida.

En las investigaciones se dejó constancia que Don Belisario fue sereno y firme hacia la muerte, ya que en una o dos ocasiones tuvo la oportunidad de decir a sus captores que sabía a dónde lo llevaban y que no le importaba.

La información proporcionada por los detenidos hizo posible que el juez primero de instrucción, Rodríguez Aréchiga, dispusiera que el día 13 de agosto de 1914 se exhumara el cuerpo. Asimismo, se solicitó al Club “Belisario Domínguez”, promotor de la denuncia, que proporcionara datos para la identificación del cuerpo.<sup>132</sup> También se informó que ese mismo día se solicitaría la extradición de Victoriano Huerta y Alberto Quiroz, al considerárseles responsables del crimen.

Efectivamente, el día 13, a las siete de la mañana, se congregó en las puertas del panteón un nutrido grupo de abogados, médicos y chiapanecos, entre otras personas, para atestiguar la exhumación e identificar el cuerpo. Tanto el sepulturero que cubrió los restos de Don Belisario como el administrador del lugar proporcionaron los datos precisos para

---

<sup>131</sup> Hubo, por supuesto, varias versiones. El “Matarratas” quiso inculpar a Quiroz, sin embargo, en una declaración del juez que llevó el caso éste concluyó que había sido Hernández. “El asesinato del senador B. Domínguez”, *El Universal*, 6 de octubre de 1921. Precisamente este juez fue el que dictó orden de captura en contra de Chávez, Gabriel Huerta y Quiroz.

<sup>132</sup> “Será pedida la extradición de Huerta y Quiroz”, *El Imparcial*, 12 de agosto de 1914.

## BELISARIO DOMÍNGUEZ: EL PORVENIR DE UNA ÉTICA

localizarlo, en el noroeste del panteón. Sobre la tumba, y para disimularla, se había sembrado un alcanfor. El cadáver se encontró a flor de tierra, apenas a 55 cm. de profundidad, a 125 cm. de la barda poniente y 110 cm. de la del norte. Después de identificársele plenamente, se procedió a realizar la autopsia,<sup>133</sup> y posteriormente se le trasladó al panteón Francés. Allí se le rindieron honores antes de inhumarlo.<sup>134</sup> Sin embargo, en 1938, la hermana del senador Domínguez, doña Herlinda, obtuvo autorización para exhumar nuevamente los restos de su hermano.<sup>135</sup> El 19 de mayo los retiró del panteón Francés, y los trasladó—se dice que en una maleta y de forma secreta, a Comitán—, donde fue sepultado—como él quería— al lado de su familia.

Unos cuantos días después de que se iban abriendo paso las indagaciones y se procedió a las primeras detenciones, en julio de 1914, las tropas constitucionalistas entraron a la ciudad de México. Pero el triunfo sobre Huerta no zanjó todas las dificultades. Aparecieron otras nuevas que, al no ser resueltas, condujeron a la escisión del grupo victorioso. Los enfrentamientos militares no permitieron que se llevaran a sus últimas consecuencias las averiguaciones realizadas sobre el asesinato de Don Belisario. Fue hasta 1921, durante la presidencia del general Álvaro Obregón, cuando se siguieron las pesquisas. Para ese momento, Victoriano Huerta ya había muerto, lo mismo que Hernández.<sup>136</sup>

A ocho años del crimen, comparecieron ante el juez personajes que, incluso, ya habían regresado del exilio, tales como Querido Moheno, José Ma. Lozano, Víctor Manuel Castillo<sup>137</sup> y Ramón Corona—gober-

---

<sup>133</sup> En el imaginario popular quedó la idea de que a don Belisario se le había cortado la lengua como castigo por haber pronunciado su discurso y que esta operación había sido realizada por el Dr. Aureliano Urrutia. Sin embargo, cabe señalar dos hechos: en la autopsia no hubo ninguna indicación de dicha extirpación, y Urrutia ya no era secretario de Gobernación cuando el senador Domínguez fue asesinado, además, es preciso recordar que el discurso nunca fue proferido por el legislador.

<sup>134</sup> “La exhumación de los restos de D. Belisario Domínguez”, *Ibid.*, 14 de agosto de 1914.

<sup>135</sup> Olea, *op. cit.*

<sup>136</sup> Cuando los constitucionalistas evacuaron la ciudad de México, los presos de Belem escaparon; Hernández se suicidó cuando lo reaprehendieron. Huerta, por su parte, fue hecho prisionero en Estados Unidos, cuando trataba de organizar un grupo armado para ingresar a territorio mexicano; murió en la cárcel, en Fort Bliss, el 13 de enero de 1916.

<sup>137</sup> Salió del país porque fue colaborador del general Huerta en la legislatura que convocó para sustituir a la XXVI.

*Josefina Mac Gregor*

nador del Distrito Federal durante la época de Huerta. Desde Nueva York, Garza Aldape participó, enviando documentos, lo mismo que el chiapaneco Teófilo Castillo Corzo, hermano de Víctor M. Castillo. Nada nuevo se agregó; quienes habían sido secretarios de Estado asentaron que el gabinete no había tenido parte en la desaparición del senador; por el contrario, todos ellos dijeron haber hecho trámites ante Huerta para informarle de la situación y solicitar se indagara qué había ocurrido. En todos los casos, el general respondió que no sabía nada sobre el asunto, y ordenó que se hiciera todo lo posible por encontrarlo. Todos señalaron que, al ser informado, su sorpresa y su indignación siempre fueron mayúsculas, inclusive Moheno hizo constar que Huerta empeñó su palabra de honor de que no tenía ninguna participación en el suceso. Corona, por su parte, dijo que Chávez, el inspector de policía, ante la insistencia de la búsqueda, sugirió que quizá Don Belisario se había unido a los revolucionarios. Garza Aldape, en su escrito, firmado por testigos, intentó desligar el crimen del senador del golpe de Estado, y sobre éste asumía la responsabilidad que le correspondía, pues había sido discutido en Consejo de Ministros, pero se deslindó en lo que se refería al asesinato, aunque aceptaba que, si Huerta había sido el autor, era “posible que influyera en su determinación de disolver el Congreso, el deseo de impedir que se investigaran los hechos”. Otro de los declarantes fue Víctor M. Castillo, quien relató sus entrevistas con los diferentes secretarios en su búsqueda de apoyo para encontrar al senador desaparecido. Además de confirmar lo que las otras personas declararon, con respecto a García Naranjo, quien permanecía en el exilio, aseguró que “le ofreció hacer investigaciones con la promesa de que si el doctor Domínguez estaba vivo, lo salvaría a toda costa”.<sup>138</sup>

También se citó a declarar a Francisco Chávez en el consulado mexicano en San Antonio, Texas. Este deponente sólo reiteró lo que ya se sabía, si bien agregó que primero se pretendió fusilar al senador y que él se negó, pero que Gabriel Huerta aseveró que él asumía toda la responsabilidad. Márquez ratificó estas declaraciones.

Finalmente, esta averiguación permitió declarar formalmente preso a Gilberto Márquez por el homicidio del senador Domínguez.

<sup>138</sup> *El Universal y Excelsior*, septiembre y octubre de 1921.

## Coherencia, también frente a la muerte

La última persona de su familia con la que el senador charló fue con su hijo –quien falleció muy joven en París en 1924–, la misma noche que se lo llevaron sus captores. En esa conversación volvió al tema del deber, siempre tan presente en él, y que seguramente no podía abandonarlo en esos momentos en que esperaba un desenlace fatal precisamente por haber cumplido con lo que él consideraba un deber, así para algunos fuera un acto de locura. En la plática con Ricardo, el padre hizo referencia a un profesor de matemáticas de su hijo, quien le había enseñado las “verdades fundamentales, las verdades supremas en que se apoya toda educación científica y racional”. Entonces Don Belisario le hizo ver que él deseaba que esas verdades modelaran su carácter además de su inteligencia, pues en su opinión, las verdades matemáticas también enseñaban “lo que debe ser”. Su argumento era que las matemáticas están constituidas por una serie de deducciones inquebrantables, “que existen por sí mismas, independientes del hombre y del mundo”: aun cuando el hombre o el mundo no existieran, las matemáticas seguirían siendo. Don Belisario deseaba en ese momento hacerle ver a su hijo que lo mismo ocurriría con el deber: “No puede dejar de existir; es en sí mismo. Aunque nadie hubiera para cumplirlo, existiría no obstante el mando moral de su observancia.”<sup>139</sup>

Aseguraba Don Belisario que el deber era el resultado de premisas inquebrantables, de tal manera que la voluntad humana no podía desviarse de ellas “sin dejar de ser”, sin adquirir deformaciones monstruosas. Por ello, concluía, como contundente idealista, el deber también era eterno, inmortal. En el deber, para Don Belisario, hay belleza, armonía inteligente que lleva a la perfección suprema. El hombre justo, el sabio, el de honor, el santo, el penitente “conocen su propia hermosura y lo sienten y lo transmiten como una alfombra de lirios, de amapolas virginales abiertas para el solaz de una humanidad redimida también por el amor y la virtud...!”

---

<sup>139</sup> Jaime Rodas Rovelo, *Consejos del doctor Belisario Domínguez dados a su hijo Ricardo*. S/I, Gobierno del estado de Chiapas, Instituto Chiapaneco de Cultura, H. Ayuntamiento Constitucional de Comitán, Chiapas, 1992-1995.

*Josefina Mac Gregor*

Don Belisario aplicaba con rigor su concepción sobre el deber en su vida cotidiana, al grado de poner en juego su vida para cumplir con las normas que se había impuesto por voluntad propia, libremente. Es probable que en ese momento, en el que esperaba la muerte como resultado de cumplir con lo que él había considerado su obligación, se sintiera reconfortado con estas ideas que trasmitía a su hijo: por la certeza de su propia “hermosura” espiritual surgida de ser un hombre valiente, justo y virtuoso. Cabalmente un hombre de honor.